

SAN ANSELMO SOBRE LA DIVERSIDAD DE LOS SACRAMENTOS A WALERAN, OBISPO.

CARTA DE WALERAN QUE PROPORCIONÓ A SAN ANSELMO EL TEMA PARA ESCRIBIR.

Se queja de la variedad de ceremonias observadas de manera diferente por varios en el sacrificio del altar: como si estas realmente afectaran la esencia del sacramento, en lugar de ser un misterio y una decencia religiosa.

Al serenísimo Señor ANSELMO, reverendísimo arzobispo de la santa Iglesia de Canterbury, WALERAN, por la gracia de Dios obispo de Nwemburg, servicio servil, insistencia en las oraciones, y a sí mismo completamente en todo lo más devoto.

Presumir algo sobre la profesión de las letras con Minerva es muy inapropiado, y entre los seguidores educados de las letras, hacer creíble la probabilidad de razonar no es nuestra capacidad. Pero con el Profeta suspirando: "Revela mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley" (Salmo 118, 18), con la máxima devoción levanto mis ojos al monte de vuestra grandeza, para que de allí venga mi ayuda; vuestra ayuda, ayuda del Señor, que hizo el cielo y la tierra: "El que se une al Señor, un espíritu es" (1 Cor. 6, 17). Para que de allí se manifieste que vosotros también escudriñáis las profundidades de Dios; pero nuestra pequeñez escucha su voz, aunque no sabe de dónde viene ni a dónde va.

CAPÍTULO PRIMERO. Quejas de Waleran sobre tanta diversidad en la celebración de los sacramentos.

La Trinidad indivisible es Dios, y todos los que están en Dios son uno en Él. La diversidad en la Iglesia es muy contraria a la unidad. No puede durar mucho lo que se desgarrar por la disensión de sus partes. Sobre los sacramentos de la Iglesia, Palestina siente una cosa, Armenia otra, nuestra Roma otra, y la Tripartita Galia otra. Incluso el misterio del cuerpo del Señor es tratado de manera diferente por la Iglesia Romana, la Iglesia Galicana, y de manera muy diversa por nuestra Alemania. De los antiguos padres tenemos el orden de sacrificar: y me maravillo mucho de dónde ha surgido esta novedad en la casa del Señor: "Jesucristo, ayer y hoy, es el mismo por los siglos" (Heb. 13, 8), siempre uno, siempre el mismo, sin sufrir mutabilidad. Difiere de Cristo quien tiende a la diversidad. Cristo es el pan de los ángeles, que descendió del cielo (Juan 6, 41), y se hizo pan de los hombres, alimento de los pobres, saciedad de los que reinan con Él: para que quienes lo comen dignamente, vivan por los siglos de los siglos. "Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos en Cristo todos, que participamos de un solo pan" (1 Cor. 10, 17): Cristo es el camino (Juan 14), por el cual caminamos, a quien imitar. Quien se desvía de Cristo, camina peligrosamente: entre sacrificar lo que Cristo hizo, y lo que nosotros hacemos. "Cuántas veces", dice, "esto hacéis, cuántas veces tomáis" (1 Cor. 11, 25, 26).

CAPÍTULO II. Por qué algunos usan fermentado en los misterios.

Los armenios creen que se alaban a sí mismos sacrificando con fermentado; pero no caminan con Cristo en la novedad de vida. Los imitadores de Cristo deben festejar no con el viejo fermento, sino con los ázimos de sinceridad y verdad (1 Cor. 5). Aunque el fermento es pequeño, corrompe toda la masa. El cuerpo de Cristo, incorruptible, en cuanto es posible, no debe ser infectado por ninguna corrupción. Del sacrificio de sinceridad debe estar ausente toda esta corrupción. Quienes desean ser imbuidos de la incorruptibilidad del cuerpo de

Cristo, deben despojarse del hombre viejo con la sinceridad del nuevo sacrificio. En la confección del cuerpo de Cristo, no agrada otra sustancia que la que Él mismo ofreció. Y, si me atrevo a profesarlo, debe mantenerse la regla de sacrificio que Él dio.

CAPÍTULO III. Por qué la mayoría forma un solo signo de la cruz sobre el pan y el cáliz.

Nosotros bendecimos singularmente el pan, singularmente el cáliz. Esto lo prescriben los cánones, este es el antiguo Orden Romano, para que desde el principio en el canon hagamos cruces singulares para cada uno. Esto lo mantenemos en uso público y antiguo en todas partes de generación en generación; y nos maravillamos de vuestra diversidad. Esto hizo Cristo, y nos mandó hacerlo: "Esto", dice, "haced, cuantas veces toméis" (Mat. 26; Mar. 14; Luc. 22; 1 Cor. 11). Tomando el pan, lo bendijo singularmente, y el cáliz de manera similar. Hizo cruces singulares para cada uno, como lo prescribe nuestro, más bien el Orden Romano: y así, desde Él mismo, que es el mismo ayer, hoy y por los siglos, nuestra costumbre ha arraigado. Sobre la singularidad de las cruces, la autoridad de Cristo nos asiente. Me maravillo mucho de qué manera comenzó la diversidad en el sacrificio: "Una es la fe, un bautismo" (Efes. 4, 5), una amiga de Cristo, esposa y paloma. A la unidad de la Iglesia le perjudica mucho discrepar en los sacramentos; y hacer lo que place como si fuera lícito.

CAPÍTULO IV. Por qué el cáliz se cubre con un velo o paño desde el principio.

Además, durante la consagración, algunos desde el principio cubren el cáliz con un corporal, otros con un paño doblado a modo de sudario, que leemos fue encontrado en el sepulcro, no puesto con las vendas, sino envuelto aparte en un lugar. Cristo es el camino, la verdad y la vida (Juan 14); el camino por el cual caminamos, para llegar a Él. "El que dice que permanece en Cristo, debe andar como Él anduvo" (1 Juan 2, 6). No llegan a la vida, sino los imitadores de la vida. La víctima pascual fue inmolada con el cuerpo desnudo en el altar de la cruz, quiso ser ofrecida con el cuerpo desnudo, quien hizo conocer a los suyos todo lo que oyó del Padre (Juan 15). En su inmolación se manifestó a sí mismo tal como es; cuya gloria contemplaremos con el rostro descubierto, para conformarnos en todo a Él, configurados al cuerpo de su gloria, para que Él sea todo para nosotros en la eterna bienaventuranza. Y para usar sus palabras (Mat. 27; Juan 19) "Consumado es", dice, para que no dudemos que lo viejo ha pasado, y todo es nuevo; el velo del templo se rasgó de arriba abajo: lo cual hasta el día de hoy está puesto sobre los corazones de los judíos; para que teniendo ojos no vean, y oídos no entiendan. Pero a nosotros, a quienes Dios ha revelado por su espíritu, no nos conviene implicar los misterios del sacrificio; sino clarificarlos con el ejemplo del Señor Jesús. No con Moisés, como los judíos, pongamos un velo; sino con el Señor Jesús, ofreciendo, nos esforcemos por ser transformados de gloria en gloria. Jesús desnudo en el altar de la cruz, aparezca desnudo en el altar de nuestra inmolación; lo que proclamamos con palabras, lo ejecutemos con obras. Ese pan es verdaderamente el cuerpo de Cristo; y como la inmolación del cuerpo de Cristo, debe ser inmolado. El cuerpo de Cristo, desnudado en el altar de la cruz, fue envuelto en lienzos en el sepulcro, en la devoción de los discípulos en la sepultura fue envuelto. Sepultando, como es costumbre entre los judíos sepultar, muestran devoción hacia el Maestro; pero aún ignoraban la verdad del sacramento. Los judíos sepultan de manera similar, como a un judío; porque aún no comprendían el misterio de la cruz: "El Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios" (1 Cor. 2, 10): pero a ellos aún no se les había dado el espíritu, porque Cristo, crucificado por debilidad, no había sido glorificado. Pero Jesús glorificado abandona las vestiduras de corrupción, aparta de sí lo corruptible: vestido de incorrupción abandona el sepulcro: reveló su gloria a los que lo aman. ¿Por qué entonces, con la envoltura del sudario incorruptible, proclamamos como si fuera la debilidad de Cristo, y en tales tinieblas la envoltura: cuando lo proclamamos verdaderamente como el poder de Dios y

la luz del mundo? La luz de la luz, que ilumina a todo hombre (Juan 1), de ninguna manera debe ser puesta bajo el celemín del sudario: sino como el mismo sacerdote y víctima se ofreció a sí mismo; así también nuestro sacrificio debe serle ofrecido, puesto al descubierto, para que brille a todos para la vida en la casa de Cristo. Entonces nuestra víctima será más aceptable, si es semejante a la víctima de Cristo. Sin embargo, también nosotros envolvemos la hostia vital; no, como es vuestra costumbre, desde el principio; sino al final, con José y Nicodemo. Lo que no solo se ofrece en apariencia sino en la verdad de la cosa, no debe discrepar en su inmolación. Quien al ofrecer discrepa, no camina como Cristo caminó. Si en esta parte se alega la sinceridad del sacrificio, es muy fácil observar con nosotros la limpieza con el velo de la sinceridad; y sin embargo, desde el mismo inicio del sacrificio y del antiquísimo rito de la Iglesia no desviarse.

CAPÍTULO V. Aconseja sobre su regreso a la comunión de la Iglesia.

Que vuestros ojos vean mi imperfección, y como estáis en toda plenitud de circunspección como si estuvierais unidos por las manos de las virtudes, compadeceos de los excesos de nuestra imperfección. La Iglesia católica glorifica a Dios en mí, porque en nuestro cambio aparece la gracia de la bondad divina. Por la gracia de Dios soy lo que soy; de Saulo a Pablo; de adversario de la Iglesia Romana, íntimo del Papa Pascual, aceptadísimo consecretario de los cardenales; y en todo espero éxitos prósperos en esta parte. José en la casa de Faraón, yo en el palacio de Enrique el emperador. Ni la iniquidad, ni mi pecado (Dios no lo quiera), ni como Nerón incestuoso, ni como el apóstata Juliano. Gracias a Dios, porque bajo el gobierno de vuestra santidad el lobo y el cordero pastan juntos, el león y el becerro se acuestan juntos, y un niño pequeño los guía: y porque la vara de equidad, la vara de vuestro reino; alabamos la virtud de Dios al ver a las fieras indomables amansarse por el terror eclesiástico, y a nadie dañar en el monte del Señor. El león rugirá, ¿quién no temerá? Pero porque el justo, como el león, confía en esto, como si fuera fuerte en la mano de David; vuestro corazón no tiembla, sino que triunfa en todo en la virtud de Dios. El Señor que os ungió con el óleo de la alegría sobre vuestros compañeros (Heb. 1, 9), Él os corone con misericordia y compasión en el reino de la bienaventuranza.